

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

Por DOLORES MARTI DE CID

NOTAS BIOGRAFICAS DE LA POETISA

Entre el Popocatepelt y el Ixtacihualt, en la alquería de San Miguel de Neplanta, nace Sor Juana en 1.651. De familia más bien modesta, hija de un vasco y una criolla, don Pedro Manuel de Asbaje y Dña. Isabel Ramírez de Santillana. Muy pequeña aún se traslada su familia a Amecameca. En los arrabales de este pueblo estaba situada su casa de una sola planta, rodeada de jardines.

Su curiosidad de saber podemos asegurar que fue innata. A los tres años se interesa por aprender a leer y no sólo se interesa, sino que lo pone en práctica; sigue a su hermana hacia la escuela y al llegar le asegura a la maestra que su madre la manda para aprender. Accede ésta comprensiva y tiempo después le dan la sorpresa a la madre, que abraza enternecida a aquella criaturita que ya sabe leer. Unos cuarenta años después Sor Juana agradecida recordará: "Aún vive la que me enseñó ¡Dios la guarde!"

A los siete años fue premiada una loa suya compuesta para la fiesta del Santísimo Sacramento. Cuando se enteró de que en México había una Universidad en que se enseñaban las distintas ramas del saber, quiso ir a ella; al decirle la madre que sólo los hombres podían asistir a las clases, no lo considera obstáculo, ella podrá vestirse de varón. Su padre, más tarde, le proporciona la manera de ir a México a casa de unos parientes; contaba ocho años; su alegría era indescriptible. ¡Cuántos sueños no atravesarían su mente privilegiada en aquel camino, con la caravana que se dirigía infatigablemente hasta la capital...! Nos la imaginamos abstraída y reservada, pero ganando horizontes con el pensamiento...

Ya en la capital se le permitió estudiar Gramática Latina, siendo su maestro don Martín de Oliva, que fue más bien su orientador, pues en sólo 20 lecciones el progreso fue tan notable, que al final de ellas, ya Juana había vencido todas las dificultades. Con su donaire característico, élla, refiriéndose a este hecho nos expresa años después:

"Empezé a deprender Gramática, en que casi no llegaron a

20 lecciones las que tomé, y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mugeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba él cuatro a seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de sí cuando, bolbiese a crecer hasta allí no sabía tal cosa, que me avía propuesto deprehender en tanto que crecía me lo avía de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto porque el pelo crecía apriesa y yo aprehendía despacio, y con efecto le cortaba, en pena de la rudeza, que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno".

Se conserva de esta época una antología de autores clásicos latinos con anotaciones de Sor Juana al margen. La antología tenía trozos escogidos de Virgilio, Ovidio, Horacio, Juvenal, Lucano, Séneca, Terencio, etc.

Aprendió también el Portugués, con lo que tuvo la ventaja de consultar libros que de haber estado escritos en español hubiesen sido prohibidos por la celosa censura.

Cuando se hizo monje carmelita el Virrey Baños fue sustituido por el Marqués de Mancera, hombre culto que había sido Embajador en Alemania y en Venecia. Su esposa Dña. Leonor, una mujer inteligente, amante de las letras, propició que los hombres de cultura sustituyeran en la Corte a los intrigantes de oficio.

El Marqués tuvo serios problemas, huelgas en las minas, disminución de la producción de plata con que contribuía México a sostener el falso esplendor de la Corona de España, cuestiones religiosas, como el prejuicio de los agustinos para admitir indígenas en su orden, falta de funcionarios idóneos que lo ayudasen en su difícil tarea, pero sobre todo esto el Virrey encontraba refugio en los hombres de ciencia y en los historiadores, en los poetas y en los dramaturgos.

La Marquesa tuvo necesariamente que simpatizar con Sor Juana; las dos eran mujeres nada vulgares y por lo tanto más allá de las pequeñeces humanas. Juana de Asbaje fué elevada por su saber y mérito personal a Dama de la Corte; iba a fiestas de todas clases, a los bailes, a las corridas de toros y hay testimonio de que nadie podía superarla en el ingenio al hablar y en simpatía personal. Su papel tenía que ser brillante en aquellas ceremonias en que se recitaba y se bailaba.

Cuando llegó a la Universidad de México la noticia de que una persona que nunca había asistido a la misma poseía tal caudal de conocimientos y que esta era nada menos que una mujer joven y bonita, muchos fruncieron el ceño, pensando que todo era producto de una galantería o de una exageración.

El Virrey que la conocía bien, se aprestó a cooperar en la dilucidación del problema y procedió a la preparación del examen público que pondría bien en claro si la fama era justa o injusta.

Curiosa escena en que 40 notables, ataviados con sus distintivos profesoriales, se aprestan a acosarla con sus preguntas; por otro lado Juana serena, firme, con la firmeza que da la seguridad en uno mismo, sin tintes de vanidad, respondiendo sin alarde, pero con precisión.

El mismo Virrey recordaba este hecho, años más tarde, con las siguientes palabras: "A la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que le envistieran, así se desembarazaba Juana Inés

de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, le propusieron. . .”

Cuando esto, tendría Sor Juana Inés de la Cruz unos diez y seis años. Su inclinación al estudio y los consejos de su confesor el jesuita Antonio Núñez, propiciaron su entrada en el convento. Entró primero Juana en el de San José, también llamado de Santa Teresa la Antigua, que pertenecía a la orden de las Carmelitas. Su salud no resistió la severidad de dicha orden y tuvo que salir; mas firme en su propósito de hacerse monja, ingresó en el convento de San Jerónimo de la orden de las Concepcionistas, que seguían las reglas de los Agustinos.

En aquella época los conventos tenían un intercambio mucho más directo con el mundo. En España casi todos poseían habitaciones y aún edificios anexos en que se hospedaban los invitados; así se explica perfectamente que en el convento de las Jerónimas de México, el locutorio estuviera muy animado a menudo por las conversaciones de los numerosos visitantes.

Sor Juana divide su vida entre las oraciones, los cargos que le asignan en el convento, como el de administradora del archivo, bibliotecaria, etc. y las frecuentes solicitudes que se le hacen en el locutorio tanto por las personas de más valor intelectual de la época, como por los cortesanos y hasta los propios Virreyes. A todas estas actividades, añadamos, lo máspreciado para ella, el estudio, sus libros, sus instrumentos, sus escritos. . . Por eso ella misma nos confiesa que: “Lo que sí es verdad, que no negaré. . . que desde que me rayó la primera luz de la razón fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las Letras, que ni ajenas reprehenciones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí, su Majestad sabe por qué y para qué”.

Claro que su deber no era sólo libresco; poseía una vocación científica también, escrutaba los fenómenos que se presentaban a sus ojos con razonamiento de ávido investigador. Lo mismo observaba cómo el huevo se une a la manteca y se despedaza en el almíbar, o las líneas espirales que va formando un trompo en su movimiento, o si el techo lucía más bajo en las partes distantes. Todo esto hace exclamar a Amado Nervo con razón: “Esta fiebre de inferencia era tal que la fatigaba sobre manera. Un desfile enojoso de imágenes y de ideas se sobreponían, aún en los momentos de mayor distracción, a todo solaz y la atormentaban implacables”.

Teniendo cuarenta y dos años de edad y habiendo vivido su vida mental tan intensamente, su experiencia, o mejor, sus desengaños, el análisis, tal vez, de los hechos anteriores que concurrieron en aquella época, cuando el pueblo hambriento protestaba después de la sequía, y el Virrey Galve tuvo que esconderse en el convento de San Francisco, el edificio del Cabildo y el Archivo fueron incendiados, cuando las enfermedades vinieron a minar los organismos, cuando supo lo que dan de sí las miserias humanas, las envidias, vuelve sus ojos hacia lo divino, hacia un mundo desconocido e imprevisto que es el más allá. Juana se deshace entonces de sus libros para que con el producto de la venta se socorra a los menesterosos, se afana en cuidar a las hermanas víctimas de la peste, se contagia y muere el 17 de abril de 1.695, dejando tras sí la estela de una vida fructífera.

INTERPRETACION DE SU VIDA.

Para comprender mejor dividamos su vida en tres etapas: En la primera se pueden considerar a la mujer y a la poetisa, en la segunda, la monja y la mujer y en la tercera la monja vence a la mujer y a la poetisa. Examinemos cada una de ellas:

I.—La Mujer y la Poetisa.

Su vida en la corte ya hemos visto cómo se desenvuelve en la parte exterior; miremos ahora el problema debatido en la vida íntima de Sor Juana. ¿Amó o no amó? Vamos a valernos del testimonio de su propia obra. Claro que sus versos amorosos muchas veces son de ocasión, como aquellos en que, "consuela a un zeloso, epilogando la serie de los amores" o escribe una composición en que explica la más sublime calidad de amor. Sin embargo ya es muy distinto aquel soneto que termina diciendo:

"No sé con qué destino prodigioso,
volví a mi acuerdo y dije ¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?"

Hay en estas palabras un deseo de consolarse, una voluntad determinada de aliviar la pena y ya que no puede admitir que esta no existe, por lo menos sí puede pensar que los demás tampoco son dichosos, una manera no muy lógica para aliviarse, pero muy humana y que todos llevamos dentro.

Su mal es más complicado, es doble, porque como ella misma nos expresa:

Lisardo me aborrece y yo le adoro,
Lisandro me aborrece y yo le adoro,
por quien no me apetece ingrato lloro
y al que me llora tierno no apetezco".

Si ella fuera una mujer desprovista de encantos, sin mucho que agradecerle a la naturaleza, sin la cantidad de admiradores que por su belleza, su gracia y su saber tuvo necesariamente, sería menos la pena, pero eso de verse adorada y que se rinden ante ella en homenaje a su talento y a su feminidad y al mismo tiempo verse no atendida por el que ama es un suplicio. Por eso le dice al amado:

"Buscan luego mis ojos tu presencia,
que centro juzgan de su dulce encanto,
y cuando mi atención te reverencia
los visuales rayos entre tanto,
como hallan en tu nieve resistencia
lo que salió vapor, se vuelve llanto".

Imagen en que nos expresa ese choque del fuego de su pasión, con aquella nieve y que, como resultante, es el llanto lo que surge. ¿Pero sigue Juana Inés de la Cruz como Gaspara Stampa, aquella poetisa del Renacimiento Italiano, pensando en su amado hasta el fin, describiéndolo y lamentándose de su ingratitud y expresando cómo cualquier

expectáculo de la naturaleza o una simple palabra, constituyen el eje de una serie de ideas que giran en torno de un recuerdo cada vez más vivo, mientras más lejano, cada vez más doloroso, mientras más irrealizable? ¿O será como Gertrudis Gómez de Avellaneda, la gran poetisa cubana del siglo XIX, que más orgullosa que Gaspara se ve vencida, y ella misma reconoce que el amor es más poderoso que el orgullo y ese amor es el continuo aliciente, el acicate que siempre resurge?

Hay en la vida de estas tres mujeres algo análogo: las tres muy admiradas por sus dotes de mujeres, y por su saber; las tres muy mimadas, cortejadas y sin embargo acariciando un ideal que no llega a cumplirse. Cada una lo resuelve a su modo; Gaspara siempre inconsolable, diciéndonos:

“Arsi, piansi, cantai, piango ardo e canto
piangero ardero cantero sempre
fui che Morte o Fortuna o tempo stembre
a l’ingegno, occhi e cor, stil foco e pianto”.

La Avellaneda lucha con su amor y con su orgullo:

“Cobarde corazón, que el nudo estrecho
gimiendo sufres, dime ¿qué se ha hecho
tu presunción altiva?”

Examinemos más detenidamente qué pasa con Sor Juana. No olvidemos unas composiciones de nuestra poetisa en que admira a “La heroica esposa de Pompeyo”, en las cuales “engrandece el hecho de Lucrecia”, de la cual dice que es:

“... cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama”.

Estas mujeres fuertes supieron demostrar que la feminidad no implica debilidad espiritual, que no significa doblegarse, ni ser menos, y a través de su verso, se ve que hay admiración y entusiasmo. Cuántas veces al admirar un hecho que nos ha impresionado podemos decir que hay en ello retrato de lo que nos parece bien y lo que nos parece mal, hay reflejos de nuestra manera de pensar. Ahora si bien es cierto esto, no siempre se aviene con la manera de actuar, no podemos decir lo mismo de Sor Juana. Ya ha sabido ella de amor, de desengaño y así nos dice:

“Yo bien quisiera cuando llego a verte,
Viendo mi infame amor, poder negarlo,
más luego la razón justa me advierte
que solo se remedia en publicarlo,
porque el gran delito de quererte
solo es bastante pena confesarlo”.

Y todo esto no es mera retórica fría, como ella misma expresa en otras composiciones que tratan del amor en una forma superficial. No; aquí hay casi el indicio de un propósito, y Juana no divaga, es mujer de firmeza. Este amor y otros amoríos, este desengaño y otras ob-

servaciones, la llevan a una decisión muy de su siglo; ingresa en el convento.

II.—La Monja y la Mujer.

Ya aquí nos encontramos con una monja, pero que no deja de ser mujer. A pesar de sus ideas religiosas no se dedica sólo a Dios. Tiene deseo de soledad, de tranquilidad, no para orar, sino para tener el reposo mental necesario para dedicarse a las Letras. Esto no lo llega a conseguir; Sor Juana se ve solicitada en el locutorio por los Virreyes de México y sus esposas, tiene también muchos admiradores: clérigos, literatos, las mismas hermanas del convento, con las cuales tiene caridad, pero no deja de reconocer que la interrumpen muchas veces. Su religiosidad no llega todavía a aceptarlo todo, su criterio de las cosas es propio, y aunque tolera con alteza de miras, no deja de reconocer que tenía una prelada "muy santa y muy cándida". Comprende la poca capacidad de la monja que quiere restringir su labor mental. En su candidez hay disculpa, pero además hay alabanza. La prelada es muy santa también.

Y aquella mujer religiosa con algo de monja en el alma no olvida en la forma que se culpa a la mujer y escribe las conocidas rondallas: "Hombres necios que acusáis..." Hay en todo esto un deseo de rebelarse contra el prejuicio del medio, contra la idea de que una misma falta sea más culpa en la mujer que en el hombre y nos dice cómo este empaña el espejo.

"Y siente que no esté claro..."

Pero hay más, élla no sólo cree que existe la misma falta por parte de la mujer sino que debe atenuársele, por su condición de tal, ya que:

"¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga
al que peca por la paga
o al que paga por pecar?"

Y todas estas ideas tienen tal fuerza que se mantienen en el ambiente contemporáneo, y admiramos a aquella mujer que en pleno siglo XVII, supo salirse de él, pensar y razonar.

Si como creemos, el arte es un modo continuo, con sus altas y bajas, con sus transformaciones, y que las formas se cambian, con algo de lo anterior, y que las ideas se suceden, podemos admitir que otra poetisa hispanoamericana, Alfonsina Storni, ha seguido desarrallando en versos de otro tipo aquellas ideas de Sor Juana en la composición "Tú me quieres blanca", en que sigue el tema con ironía, pero caldeado de más pasión, y al dirigirse al hombre le dice:

"Tú que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía
por cuáles milagros,

me pretendes blanca
(Dios te lo perdone)
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone)
Me pretendes alba”.

Volviendo a Sor Juana, por ser monja no va a dejar de pensar, de rebelarse muchas veces contra el medio. Le exhortan a que deje algo las letras humanas, el médico le prohíbe el estudio; pero élla no cesa en su actividad y la fatiga mental era mayor porque se ponía a observar y a buscarle a todo su explicación

En donde surge con verdadera fuerza su personalidad es en su respuesta a la carta de Sor Philotea de la Cruz. (1) El Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, al revisar los sermones del jesuíta portugués Padre Antonio Vieyra, encontró uno con el título de “Mandatos” que le pareció impropio, por su falta de lógica. Le habló del asunto a Sor Juana y quedó maravillado de las observaciones que élla le hizo pidiéndole que las escribiese. Sor Juana lo realizó poniéndole por título al trabajo “Crisis sobre un sermón”. Queda encantado el Obispo y publica el trabajo con el nombre de “Carta Ahtenagórica” y al mismo tiempo le escribe diciéndole que admira los dones que Dios ha puesto en ella, pero la censura también: “Yo no la critico por haber escrito versos. Otros que fueron canonizados también escribieron versos. Pero yo desearía que usted se limitara tanto en la elección de los asuntos como en la forma...” En otro párrafo: “Usted ha perdido mucho tiempo leyendo filosofía y poesía...”

Tres meses después le escribió Sor Juana la contestación. Explica por qué escribe en verso, defiende el derecho que tiene la mujer a estudiar y perfeccionarse. En la misma Biblia encuentra ejemplo de mujeres inteligentes, Dévora que daba leyes a su pueblo, la reina de Saba, Esther que tenía el don de la profecía, habla de mujeres en los tiempos paganos y de religiosas instruidas. Se defiende con verdadera gracia e ingenio de sus inculpaciones. Si no ha escrito más sobre las Sagradas Escrituras es por la misma reverencia que les tiene. No se le olvida apuntar que es necesario conocer la historia, las costumbres y las ceremonias para comprender las referencias de los santos.

Muy atinada cuando señala que los fariseos querían la muerte de Cristo porque había hecho milagros y dice: “¡Válgame Dios! Que el hacer cosas señaladas es causa para que una muera? ¿Señalado? Pues padezca que ese es el premio de quien se señala... Cualquiera hermosa, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento... porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve; y el entendimiento no, pues mientras es más molesto y sufrido se defiende menos”.

En todo esto vemos como Sor Juana se defiende con independencia de criterio.

(1)—Pseudónimo utilizado por el Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz. Trastocando los términos Luis Alberto Sánchez atribuye ese pseudónimo a Sor Juana en su libro “Nueva Historia de la Literatura Americana”.

III.—La Monja Vence a la Mujer y a la Poetisa.

Después de todas estas actividades llega Sor Juana a un período, el último de su vida, en que se puede afirmar y con razón que la monja llega a suplantarse a la mujer y a la poetisa. Es entonces cuando hace una confesión general, y según el Padre Núñez su confesor, "Juana Inés no corre en la virtud sino vuela". Y en esta ascensión hacia la divinidad que se había propuesto, se desprende de lo más querido, de aquello que había sido el aán, el objeto primordial de su existencia. Dejemos hablar al Padre Callejas: "La amargura que, mas sin estremecer el semblante, pasó la Madre Juana, fué deshacerse de sus amados libros como si que amaneciendo el día claro, apaga la luz artificial por inútil..." Traemos a colación este párrafo del Padre Callejas porque nos parece muy gráfico aunque no estamos de acuerdo con eso de apagar la luz artificial por inútil.

Ya en esta etapa de su vida Sor Juana se encuentra pendiente del momento en que ha de llegar la muerte y se expresa en estos términos: "Aquí arriba se a de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico por amor a Dios y de su Purísima Madre a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo adelante fueren, me encomienden a Dis que e sido y soi la peor que a abido. A todos pido perdón por amor de Dios y de su Madre. Yo la peor del mundo". Animada toda de una gran religiosidad y de una humildad que ya no es la sencillez anterior conque hemos visto que habla de sus cosas, sino como el alma que desea tanta perfección espiritual que al hacer la comparación entre el ideal que se había formado y lo que era —aunque olvida que es una bella realidad— se considera "la peor del mundo".

ESTUDIO DE SU OBRA

Su obra es bastante numerosa y variada. Vamos a comenzar a estudiarla haciendo referencia a pequeños trabajos que tratan de asuntos disímiles. Su tratado de la música que se ha perdido. Un escrito sobre "El equilibrio moral", se cree que fué sustraído de México en 1847 y no ha podido ser recuperado. Diversas prosas religiosas, ofrecimientos para el rosario de la Virgen de los Dolores, Ejercicios para la Novena de la Encarnación de Jesús, petición al Tribunal Divino, etc. De más importancia es su Carta Athenagórica a que ya hemos hecho referencia.

SU TEATRO

En el estudio del teatro de Sor Juana hay que considerar dos ramas que se distinguen con facilidad. Por un lado sus piezas religiosas, por otro las profanas. Compuso tres autos sacramentales. "El mártir del Sacramento, San Hermenegildo", es un auto histórico-alegórico, "El cetro de San José", ha sido reputado por algunos como de poco mérito, otros lo consideran de importancia. El más valioso de los tres es "El divino Narciso". Sus principales personajes son la Naturaleza Humana, Eco y Narciso. Este anda en busca de una fuente para apagar su sed. Están enamoradas de Narciso tanto la Naturaleza Humana como Eco. Esta hace que la otra cometa una serie de crímenes, de manera que Narciso envía una inundación de la que se salvan muy

pocas personas. Más adelante Eco lo tienta pero él no acepta. En busca de sus ovejas perdidas se encuentra Narciso, cuando descubre una fuente cristalina en la que se refleja la imagen de la Naturaleza Humana, a la que contempla extasiado. Eco aparece rabiosa por la escena que acaba de contemplar. Sus criadas El Amor Propio y El Orgullo vienen a consolarla.

Narciso al no poder conseguir lo que desea pide la muerte, que le es concedida, y al consumarse el hecho la Naturaleza Humana con sus ninfas y varias pastoras lloran su muerte. Narciso reaparece, en el borde hay un gran lirio y él lo entrega diciendo:

“Este es mi cuerpo y mi sangre
que entregué a tantos martirios
por vosotros en memoria
de mi muerte repetido!”

Desaparecen Eco, El Orgullo y Amor Propio, terminando la obra con un coro de alabanzas. Tiene este auto sacramental, canciones inspirada en el “Cantar de los Cantares” que salpican el tema, llenándolo de gracia y dulzura.

Sus obras profanas de teatro son: “Amor es más laberinto” y “Los empeños de una casa”. La primera obra fué escrita en colaboración, pues el segundo acto es de Juan de Guevara. No se trata de una obra de importancia y su estructura dramática no resulta muy perfecta, está contagiada de culteranismo. Sin embargo a Amado Nervo, tan fiel admirador de Sor Juana, le parece la obra suelta, ágil y graciosa. Creemos que exagera. El se esfuerza en señalarnos un paisaje del diálogo entre Baco y Racimo de lo más espontáneo que podemos encontrar en su teatro. La obra se basa en la leyenda de Theseo y Ariadna. Aquel va hacia Creta para librar a los atenienses del tributo que tienen que pagar al Minotauro. El Rey lo apresa, pero las dos hijas del monarca, Fedra y Ariadna se enamoran de él, y cada una por su parte lo quiere salvar. Surge un verdadero laberinto al entrar en acción otros pretendientes, pero todo termina bien.

Theseo es el personaje mejor delineado, prefiere ser soldado a ser príncipe, ya que un soldado puede llegar a ser gobernante poderoso, pero hay más, él opina que el valor mayor consiste en vencerse a sí mismo. Tal vez tenga razón Elizabeth Wallace al afirmar que este héroe dinámico tiene algo de Sor Juana.

El argumento de “Los empeños de una casa” es como sigue: Don Pedro está enamorado de Dña. Leonor y ésta a su vez lo está de don Carlos, hombre pobre pero de talento. Al oponerse su padre a las relaciones, ambos deciden fugarse, pero don Pedro disfrazado de policía les corta la huida permitiendo que escape Carlos y llevándose a Leonor a su casa, de acuerdo ya con su hermana Ana que se presta para el caso. Se suceden una serie de idas y venidas en que se complican los hechos, pues Dña. Ana a su vez está enamorada de don Carlos y es amada por un tal don Juan. Hay también dos amantes cómicos en los personajes de los criados Celia y Castaño. Todo termina satisfactoriamente para los amantes. Don Carlos es como el hombre ideal soñado por Sor Juana. Dña. Leonor recita pasajes que son verdadera autobiografía de la monja, como aquel que empieza:

“Si de mis sucesos quiere
escuchar los tristes casos...”

Sobre todo en la parte que afirma:

“Inclinéme a los estudios
desde mis primeros años”.

En síntesis, su teatro no tiene una gran importancia; por él no hubiera llegado Sor Juana a la posteridad, pues aunque se quisiera hacer ver la soltura de sus versos en muchos pasajes y la belleza de los mismos —que es innegable— eso pertenece a sus atributos de poetisa lírica. Al tejer la trama es ingeniosa, pero no llega a ser genial ni original. Su teatro no está mal hecho, porque Sor Juana no hacía nada mal, pero es en su lírica donde vuela más alto.

SUS POEMAS

Los versos de Sor Juana tocan muy diversos temas. Los de menos importancia son los ocasionales. Aquellos compuestos en el día del santo del Virrey o la Virreina, a la llegada al mundo de una criatura, dando parabienes a un doctorado, a veces alguna disculpa por no haber podido recibir a determinada persona, etc. Se tomaba en esa época la poesía como mensaje de felicitación insustituible, como medio para expresar un agradecimiento y hasta como tarjeta de visita. Tenemos de todo esto numerosos ejemplos, como cuando envía unos zapatos bordados diciendo:

“Tirar el guante, señora
es señal de desafío,
con que tirar el zapato
será muestra de rendido”.

Dedica varias composiciones a la Marquesa de Mancera y a la Condesa de Paredes; sería interminable la lista de este tipo de composiciones. Claro que son las menos recomendables de la autora y se salvan gracias al ingenio, la ligereza e ingenuidad que sabe colocar en ellas.

Sor Juana tiene poemas humorísticos, sabe sonreír también. No es un espíritu hosco, ni mucho menos taciturno, y sabe sonreír en verso. Tiene un soneto jocosos “A una rosa” en que expresa que viendo sólo los dones que Dios le ha dado,

“Nadie tuviese lástima a mis males”.

Se burla de la inercia de algunos en su romance “Al Marqués de la Laguna” diciéndonos:

“En progresos literarios
pocos laureles consigue,
quien para estudiar espera
a que el sol su luz embíe”.

Y además en la misma composición:

“Las canas se han de buscar
antes que el tiempo las pinte,
que al que las pretende alegran,
y al que las espera, afligen”.

En ambas estrofas expresa sus pensamientos llanamente con cierta ironía, no exenta de burla.

En aquellos ovillejos en que trata de pintar la belleza de Lizardo se burla de si misma diciéndonos desenfadadamente:

“El diablo me ha metido en ser pintora”

Pero a pesar de que no entiende de colores ni de “oscuros y claros” siente una tentación tan fuerte de hacerlo que ese deseo:

“ya no sólo me tienta, me pellizca,
me cosca, me hormiguea
me punza, me rempuja, me aporrea”

Y claro, le incita tanto que lo pone en práctica y después de una serie de consideraciones en que se burla de la palabra inadecuada que le viene a la mente, decidida al fin:

“Empiezo a pintar pues, nadie se ría
de ver que titubea mi Talía,
que no es hacer buñuelos
pues tienen su pimienta los ojuelos,
y no hallo en mi conciencia,
comparación que tenga conveniencia
con tantos arreboles.
¡Jesús, estuve en un tris de decir soles!”

Cada parte de la cara tiene su comentario, ninguna se escapa a su ironía. No olvida burlarse de las manos, ni de la cintura y después de toda esta animada descripción en que bien a las claras nos pone de manifiesto las habilidades del pintor, al final nos dice:

“Veinte años de cumplir en mayo acaba
Juana Inés de la Cruz la retratada”.

Estos ejemplos bastan para ver a las claras que Sor Juana supo jugar también con el verso y al lado de una composición de ideas profundas escribió otra con que divertirse y divertirnos.

La poesía religiosa de Sor Juana es numerosa; ya hemos hablado de sus autos sacramentales al referirnos a su teatro. Escribió villancicos, como aquellos en honor de San José:

“Quedito airecillos,
no, no murmuréis;
mirad que descansa

el santo Joseph.
No, no os mováis;
no, no os mováis;
quedito, pasito,
que duerme Joseph”.

O cuando nos pinta la aldea de Belén:

“El Alcalde de Belén
en la noche buena, viendo
que se puso el azul raso
como un terciopelo
hasta ver nacer el sol,
de faroles llena el pueblo
y anuncia al Alva en su parte
un feliz alumbramiento”.

A la Virgen le dedica diversas composiciones. Cuando se la imagina subiendo las escaleras del templo:

“Niña que aún apenas
has sabido andar,
y ya en los alientos
intentas volar,
ay, ay, y ay
por tercera vez
y que lindos
pasos das”

Y ésta de tono más grave:

“Dadle licencia señora,
a mi voz desentonada
que no os cansaréis de oirme
pues Vos siempre estáis en Gracia”.

A Nuestro Señor le dedica composiciones como “A Cristo Sacramentado en el día de la Comunión”, en que tiene estrofas sueltas y espontáneas:

“Divino imán en que adoro,
hoy que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía
de poder llamaros mío”.

En la composición “En que expresa los afectos del amor divino, propone morir amante a pesar de todo riesgo”, se ve a las claras que tuvo amores humanos, pues nos lo dice con claridad al recordar,

“que he querido en otro tiempo”

Aunque reconoce que el mejor amor que hay es el de Dios,

no se arrepiente de lo anterior. En otra oportunidad nos dirá de un modo conciso:

“Amo a Dios y siento en Dios”.

No busquemos en sus composiciones religiosas ni éxtasis, ni misticismos; es una creyente firme, razona su amor en vez de inflamarse. En este sentido podemos asegurar que está más cerca de Santo Tomás que de San Agustín.

En cuanto al amor, ella lo sabe interpretar y en todas sus fases. Sabe del que no corresponde, del que la ama demasiado, de los efectos del amor, de la calidad más sublime de éste. Lo siente y no se contenta con sentirlo sino que discurre sobre él. No sabe hablar de los celos, sabe reflexionar, razonar para mitigar una pasión, o lo que es lo mismo, para aliviar sus deseos no satisfechos. De todo esto deducimos que supo aquilatar el amor humano, y se formó ideas de él, no siempre favorables, que la llevaron a pensar más en el divino y al fin concentrarse toda en este último al que llega por una sublimación y una reflexión. Como muestra de este tipo de composiciones tenemos los siguientes versos:

“Más ¿cuándo ¡ay gloria mía!
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tantas penas?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos secarás el llanto?”

Supo del agridulce de la gloria. Era natural; una mujer atractiva e inteligente no podía pasar desapercibida, eran demasiados méritos para no despertar encono en los envidiosos. Y nos dice cómo las calumnias la mortifican sin hacerle daño, pues ella piensa que es muy necio el que pasa el tiempo rebajando a los demás. Sor Juana lucha, sigue escribiendo, no le importa lo que se diga, no hay abandono en sus palabras, sino puntos de vista del que no se ofende con lo que pase por debajo. Pero ella sufre, la gloria que nunca es completa, no trae la felicidad porque hay en ella más oropel que ternura, más vacío muchas veces que en el más leve afecto. En sus sufrimientos ni blasfema, ni se desespera, sino que razona sobre su propio pesar:

“Finjamos que soy feliz
triste pensamiento un rato;
quizás podréis persuadirme
aunque yo sé lo contrario”.

Y en la composición que empieza por estos versos hace una serie de consideraciones.

Primeramente nos habla de lo que a unos gusta a otros desagrada; no es en estos párrafos partidaria ni de un bien, ni de una belleza absolutos, ya que todo depende del observador y del lugar en que este se sitúe. Así nos habla de la actitud ante la vida que siguen los hedonistas, que creen que el placer es la única finalidad de la existencia, y de aquellos que tienen tantos infortunios que

"son solo, para llorados"

Y después llega a la conclusión de que el excesivo análisis es el que trae el dolor:

"¡Qué feliz la ignorancia..."

Nos lo dice aquella que tanto deseó saber para ignorar menos. Más adelante hay como un lamento a esta inquietud de saber que élla padeció y nos expresa:

"¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotras olvidados
si es para vivir tan poco
de que sirve saber tanto?"

Parece que la estrofa está en contraposición con toda su vida porque ella quiso saber mucho, claro, no podía poner diques a la inquietud que bullía en todo su yo por conocer y más conocer y además cuando hace esta consideración, no es el inicio de una filosofía suya hacia el placer. Expliquémonos mejor, no es el Fausto que viendo y pensando que no ha vivido decide abrazarse a la vida, sino la mujer que conociendo mucho de lo humano y muy en su tiempo, busca lo divino como un conocimiento más, tal vez, o como una fuente de vida ya que desencantada no podía buscar en los alicientes del mundo la felicidad.

Hay también ideas de que lo muy codiciado se nos aparta:

"Mira la muerte que esquiva
huye, porque la deseo
que aún la muerte si es buscada
se quiere subir de precio".

Ella sabía ya de ingratos que son buscados y no corresponden y la muerte se le presenta en ese caso y con gracejo nos la pinta dándose importancia.

Su filosofía podría resumirse en dos palabras: Ni sólo espiritualista, ni sólo intelectual. Hay en élla un afán de vida y un afán de saber que se funden después en un afán religioso.

Hay otras veces como un deseo de autosugestión en fingir que es feliz para que haciéndose a la idea llega a serlo de veras.

Por todo esto, como la mayoría de los poetas, no merece que se le incluya en una escuela filosófica determinada, ni que se le estime como fundadora de un nuevo sistema, sino que se sepan apreciar las ideas que fué dejando aquí y allá como muestra de lo que era y de lo que pensaba.

De su prosa no tenemos mucho donde otear, pero sí lo suficiente para darnos cuenta de su estilo, a veces amanerado, cargado de latines y retruécanos, como en la primera parte de la carta a Sor Filotea, pero otras veces, como sucede en la mayor parte de dicha carta, Sor Juana se olvida de la retórica, deja lo convencional y comienza a ser ella misma. Entonces la pluma vuela, nos encanta la naturalidad con que se expresa, el ingenio con que teje y desteje su razonamiento, la

vivacidad con que se defiende de las acusaciones, y la ironía sonriente con que se burla en algunos párrafos de la falta de cultura e inteligencia de su contrincante. Ella no deja cabo sin atar, ni recomendación a que contestar cumplidamente, y a través del tiempo algunas de sus razones podrán parecer pueriles, pero otras tienen vigencia todavía.

En su obra poética también oscila entre esos dos polos, el gongorismo y la naturalidad. No faltan en sus versos citas de hechos griegos:

“A Dido fingió el Troyano,
mintió Ariadna a Teseo,
ofendió a Minos Pasyphe,
y engañaba a Marte Venus”.

Influída por la moda elabora la composición “El sueño”, no muy afortunada pero que la poetisa tomó más en consideración que otras muchas salidas de su pluma. Un caso más en que el autor no ha podido autojuzgarse, pues, a aquellos versos:

“Piramidal funesta de la tierra
nacida sobre el cielo encaminada, etc.”

preferimos algún sencillo villancico:

“Aquella zagala
de mirar sereno
hechizo del soto
y envidia del cielo...”

En el laberinto endecasílabo, se puede empezar la lectura por cualquiera de las palabras ante las cuales antepone un guión:

“Amante —claro— dulce esposo mío,
festivo y —pronto— tus felices años
alegre —canta— sólo mi cariño
dichoso —porque— puede celebrarlos...”

El secreto está en que entre el principio, y la última raya coloca palabras que se pueden cambiar de lugar sin alterar la idea y en la última parte del verso ésta se completa. Dichas palabras suelen ser, bien dos nombres, dos calificativos, un participio combinado con un tiempo verbal, y así sucesivamente un verdadero trabajo al hacer el verso que no le añade ni belleza ni mérito. Tiene también su romance endecasílabo dedicado a la Condesa de Paredes en donde dice:

“Lámparas tus ojos Phebeas...”
“Dátiles de alabastro tus dedos...”
“Bósforo de estrechez, tu cintura...”

No nos parecen de los versos más afortunados de la poetisa. A pesar de todo esto fué una poetisa en todo la extensión de la palabra, de inspiración, de fondo muchas veces y con una facilidad pa-

ra versificar, que de ninguna manera debe confundirse con la facundia de los versificadores de oficio.

Nos parece más acertada, en sus versos de arte menor. Creemos que las redondillas le salen con asombrosa facilidad, de una manera tan familiar, que a veces nos dá la sensación de que está hablando en verso:

“Siento mal del mismo bien
con receloso temor
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén”.

Cultiva el romance. No podía faltar esta composición, tan peculiar de nuestro idioma.

“Quien para ser viejo espera
que los años se deslicen
ni conserva lo que tiene
ni lo que espera consigue”.

A veces va expresa una serie de problemas que va resolviendo con donaire como “Hombres necios que acusáis”, pero esta manera de presentar el asunto es en general bastante clara, lejos de la selva intrincada y laberintos ininteligibles de sus no muy afortunados contemporáneos.

Gusta mucho del soneto y lo cultiva con bastante perfección, bien acabado, con una idea central y generalmente los endecasílabos no sufren de cojera. Ovillejos, liras, décimas, silvas, de todo hay un poco en su obra y con bastante fortuna.

OPINIONES SOBRE LA POETISA

¿Cómo la recibió la crítica? En su tiempo, en general, fué muy admirada. En un manuscrito que existe en la Real Biblioteca de Madrid y que se atribuye al Padre Callejas, se expresa que el poema “El sueño” es imitación de las “Soledades” de Góngora. Está acertado el autor, pero cuando nos dice que es un poema elevadísimo, ya no nos parece tan en lo cierto.

Feijóo la celebra, pero creyendo que de talento poético fué lo que menos tuvo; considera de más relieve a la mujer erudita, que a la mujer poetisa.

Don Juan Nicasio Gallegos le dá tanta preponderancia al medio en que se desenvolvió, que la supone fatalmente contagiada de la época y padeciendo en tal forma de la epidemia de la extravagancia que no se cura de ella.

El Padre Pacheco, portugués, llega en su admiración hasta compararla con el autor de “Los Lusitanos”.

Menéndez y Pelayo pone de relieve que no se la debe juzgar ni por sus composiciones de ocasión, ni por los ovillejos, que no son más que un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales.

El polaco Retter la admira como genio del símbolo.

Amado Nervo, coterráneo de la poetisa, pone por encima de una crítica ponderada, su gran amor hacia ella.

Dorothy Schons la estudia con verdadera dedicación. Toussint publica una antología de la autora precedida por un breve estudio muy acertado. Ermilo Abreu Gómez se interesa en la vida y en la obra de Sor Juana con verdadera dedicación, publicando estudios, documentos y hasta la iconografía de la autora.

Elisabeth Wallace hace un estudio biográfico muy completo con algunas anotaciones sobre su obra. El gran crítico dominicano, recientemente fallecido, Pedro Henríquez Ureña la estudia con mesura, poniendo de relieve sus valores. Arturo Torres Riosco en "The Epic of Latin American Literature" nos da un estudio sintético bien hecho.

Así podríamos seguir enumerando distintos manuales, entre los mexicanos, desde Pimentel a González Peña, todo lo cual demuestra el gran interés que despertó y sigue despertando la obra de Sor Juana Inés de la Cruz.

En resumidas cuentas, que ha sido una figura discutida y tan pronto se le alaba una composición, como se le censura la misma.

Ya vistas las cosas a distancia, sin apasionamiento ni en pro ni en contra, la obra de Sor Juana da la sensación de un todo bien realizado, con sus lunares, pero que se liberta del lastre que le impone el marco de la época, para llegar a ser perdurable a través del tiempo y alcanzar un mérito continental.